

¿Qué Es Lo Que Estás Buscando?

Algún tiempo después de quedarme dormida en el asiento trasero, Serizawa se cansa del silencio y pone música —aunque eso lo supe más tarde—. Toca su teléfono, lo coloca en un soporte junto al volante, y una introducción animada de batería y guitarra empieza a sonar por los altavoces grandes incrustados en cada puerta. Una voz femenina alegre comienza a cantar:

“¡Para ver a su mamá, subí al tren yo solita!”

Es una canción pop japonesa de hace décadas. Serizawa canta feliz, marcando el ritmo con los dedos sobre el volante.

“El paisaje urbano al atardecer y los coches que pasaban, los miraba de reojo...”

—Esa canción es insoportable —murmura Tamaki, lanzando una mirada de desaprobación al joven del que aún no sabe nada.

—¿Qué dices? ¡Es la canción definitiva para un viaje por carretera! Además, ¡hay un gato en el asiento trasero!

—¿De qué hablas?

—¿Ese es el gato de Suzume?

Sin entender aún, Tamaki responde con tono molesto:

—Nosotras no tenemos gato.

Serizawa rebusca en la guantera, encuentra su cartera y saca una tarjeta.

—Me llamo Serizawa. Soy amigo del amigo de tu hija. Creo.

Tamaki toma la tarjeta con desagrado, sujetándola con las puntas de los dedos. Es un carnet universitario, con una foto de Serizawa medio dormido. Su pelo decolorado sobresale en direcciones extrañas como si acabara de despertarse, y sus gafas redondas están posadas en su nariz. Junto a la foto aparece impreso “Tomoya Serizawa”, junto con su fecha de nacimiento y el departamento universitario.

—¿Estudias educación?

Tamaki frunce el ceño. Parece contradictorio con el aspecto despreocupado del chico.

—Quiero ser profesor —responde simplemente.



—...Me llamo Iwato —dice Tamaki con tono cortante, devolviendo la tarjeta.

—Como dicen, no existen las coincidencias. Es un viaje largo, así que disfrutémoslo.

Por alguna razón, Serizawa sonrío a medias y cambia de marcha. El coche tose y da un tirón, pero aún así logra acelerar y adelantar al coche de delante.

—...Este trasto es una auténtica chatarra —comenta Tamaki.

—¡Lo conseguí de segunda mano a un precio increíble! Debería haber costado al menos diez mil, pero un amigo mayor que trabaja en Kabuki me lo dejó barato. Bastante guay, ¿eh?

¿Kabuki? ¿Se referirá a Kabukichō, el famoso distrito de clubes nocturnos? Tamaki suspira, como diciendo “Me da igual ya”.

—Por cierto, ¿estás segura con esto? Sabes que tardaremos al menos siete horas de ida, ¿verdad?

—Por mí está bien. No solo tu hija busca a Souta.

—No es mi hija —dice Tamaki, mirando hacia abajo a la carretera que pasa veloz. Tras una pausa, añade—: ...Es mi sobrina. La hija de mi hermana mayor. La adopté después de que mi hermana muriera. Era madre soltera.

—¿Ah, sí? —dice Serizawa sin mucho entusiasmo, sorprendido por la revelación personal.

—Mi hermana murió en el trabajo, de forma inesperada. Cuando recibí la noticia, dejé todo y fui a buscar a Suzume. No tenía más familia —dice Tamaki, aún centrada en el asfalto. Quería contárselo a alguien. No importaba quién, solo necesitaba que alguien la escuchara. Lo había estado pensando todo el trayecto en el Shinkansen a Tokio, mirando inquieta el paisaje que pasaba.

—Solo tenía cuatro años. Cuando le dije que nos íbamos juntas a Kyushu, simplemente asintió. Pero esa noche desapareció. Se fue a buscar a su madre sin decirme nada, y se perdió. Era marzo, una noche fría y nevada. Yo llevaba mucho tiempo viviendo en Kyushu, y el frío de principios de primavera me pilló por sorpresa. Estaba tan preocupada, pensando en ella sola en una noche así. Caminé por la oscuridad buscándola durante lo que pareció una eternidad.



Todavía recuerda el terror y la preocupación de aquella noche como si fuera ayer. Caminaba por calles llenas de aguanieve gritando su nombre, alumbrando las sombras con una linterna. Solo pensar en lo que podía haber pasado le cortaba la respiración. Toda la experiencia fue como una pesadilla interminable.

—Cuando por fin la encontré, estaba acurrucada en un campo nevado, abrazando una sillita que su madre le había hecho. Le encantaba esa silla. Cuando la vi, se me rompió el corazón...

Tamaki abrazó a la niña —a mí— y le dijo entre lágrimas: “Desde hoy, eres mi hija, ¿vale?” Todavía recuerda lo pequeña y fría que era mi cuerpo en sus brazos.

El coche está cruzando un gran puente que atraviesa el río Arakawa. A lo lejos, un tren plateado corre en paralelo sobre un puente de acero. Hombres y mujeres juegan al fútbol en un campo marrón junto a la ribera. Tamaki entrecierra los ojos ante la luz que se refleja en la superficie del río.

—Doce años —susurra—. ...Han pasado doce años desde aquella noche. La llevé de vuelta a Kyushu conmigo, y desde entonces hemos vivido juntas. Pero...

Exhala con sequedad y lanza una mirada a Serizawa. Él está fumando un cigarrillo, con el rostro inexpresivo.

—Ah —dice él con tono plano, al notar su mirada—. ¿No te gusta el humo?

Ella sonríe con ironía.

—...Es tu coche.

Recuerda que él es un desconocido. ¿Qué está haciendo contándole todo esto? Se alegra de que él sea como es. No se esfuerza por agradarle, así que ella no tiene que devolverle el favor. No esperan nada el uno del otro, así que no puede haber decepciones. Solo estarán juntos un día o dos. En ese caso, alguien como él, que no se interesa por los demás, es ideal. Por primera vez, Tamaki siente algo parecido al afecto por Serizawa.

—Parece que vamos de vuelta a su ciudad natal, entonces —dice Serizawa, exhalando el humo con gusto—. No lo entiendo del todo. ¿Crees que Souta estará allí?

—Quién sabe... Ya no queda nada allí.



Tamaki echa un vistazo al asiento trasero. Yo sigo durmiendo profundamente.

—¿Por qué no vuelves a Tokio? Quizá así ella abandone estas ideas locas —dice.

—Ni hablar. Necesito que me devuelva los veinte mil yenes que le presté a Souta.

—¿Estás de broma? —dice Tamaki—. ¿Eres un cobrador de deudas?

Serizawa se ríe, como si eso fuera un cumplido.

Qué más da, piensa Tamaki, observándolo de reojo. Al menos sé una cosa con certeza: este tipo no está hecho para ser profesor.

El descapotable rojo cruza a la siguiente prefectura, avanzando hacia un paisaje cada vez más verde.

—¡Y se va a enfadar tanto contigo, cariño! —canta Serizawa al ritmo de la música.



Duelmo durante mucho tiempo, mecida por el vaivén del coche. De vez en cuando abro los ojos y observo el paisaje como si fuera una buceadora saliendo a la superficie para tomar aire.

Cada vez que abro los ojos, la vista ha cambiado. A veces, la carretera está flanqueada por cadenas de tiendas; otras, atravesamos un pueblo con apenas unas casas dispersas; y otras, nos adentramos en valles cubiertos únicamente de verde. Llego un punto en que los únicos vehículos que vemos son grandes camiones. Lonas enormes en sus frentes llevan inscripciones como “MINISTERIO DE MEDIO AMBIENTE”, “SUELO RETIRADO” y “SUELO CONTAMINADO”. No tengo energía ni voluntad para pensar, así que dejo que todo pase ante mis ojos y vuelvo a dormir.

En una de esas veces, al abrir los ojos, veo que el coche atraviesa un pueblo tranquilo. La carretera es de asfalto liso, sin baches, y la línea central es de un amarillo brillante, como recién

pintada. Pero si te fijas bien, todas las casas y tiendas están abandonadas, medio reclamadas ya por la vegetación. Los coches aparcados en diagonal, las ventanas abiertas de par en par, los carteles de menú aún junto a las puertas... todo transmite una sensación de interrupción, como si la vida se hubiera detenido a mitad de camino. A ambos lados de la carretera, todo se descompone en silencio. El pueblo permanece vacío, con esta carretera bien mantenida como único vestigio de actividad, por donde los camiones van y vienen. Toda la escena parece la continuación de un sueño. Tras observarla un rato, vuelvo a sumirme en el barro cálido del sueño.

Es la sensación de sacudida lo que finalmente me despierta y hace que abra los ojos de golpe. Estoy segura de que no es solo la vibración habitual del coche.

Miro el asiento a mi lado. Daijin también está despierto, mirando a su alrededor.

—¿El coche acaba de temblar? —le pregunto a Serizawa, girándome hacia el asiento del conductor.

—Mira quién se ha despertado por fin —responde con desgana—. Tu tía está durmiendo ahora.

Me estiro para mirar el asiento del pasajero. Tamaki está reclinada, respirando con tranquilidad.

—Parece que las dos necesitabais descansar —dice, medio riendo. El teléfono junto al volante emite un pitido.

—...Eh, tienes razón. Ha habido un terremoto de intensidad tres. Es difícil notarlo cuando estás conduciendo.

Mi móvil también vibra, y al mirar la pantalla, aparece un mensaje: “Aviso de terremoto de intensidad 3 hace un minuto”.

—¡Para el coche!

—¿Qué? —responde Serizawa mientras reduce la velocidad y detiene el coche.

Salto al arcén y miro a mi alrededor. A ambos lados se extienden malas hierbas altas y frondosas. Hay un cartel que dice:

ZONA DE DIFÍCIL RETORNO. PROHIBIDO EL PASO



y una valla metálica. Al otro lado, un camino estrecho cubierto de hierba se adentra en la distancia. Más allá, puedo ver una pequeña colina.

—¡Eh, Suzume, ¿qué haces?! —grita Serizawa.

Lo ignoro, me cuelo por un hueco en la valla y corro colina arriba.

Cuando llego a la cima de la colina y miro hacia atrás, todo es verde. Las casas y los postes eléctricos están ocultos entre los árboles, como si contuvieran la respiración. Rompiendo a sudar ligeramente, examino la escena con atención.

—No lo veo... —murmuro. Un segundo después, el suelo tiembla bajo mis pies. Miro hacia abajo y la tierra está temblando muy levemente. Las piedrecillas enterradas entre las hierbas tintinean suavemente. Mientras las observo sorprendida, el temblor se detiene. Levanto la cabeza y vuelvo a escudriñar el paisaje.

—Sigo sin verlo —vuelvo a murmurar.

No hay rastro del gusano. El temblor ha cesado.

Souta lo está conteniendo, pienso. Ahora que es la Cuña, está manteniendo al gusano sellado bajo tierra. Recuerdo la Puerta que vi en Tokio: la colina negra con la silla clavada en ella. El pecho se me llena de emoción. Era una imagen tan solitaria.

De repente, la hierba se agita.

—...Daijin.

El gato debe de haberme seguido. Está sentado a cierta distancia, de espaldas, mirando hacia el pueblo.

—¿Qué quieres? —pregunto con dureza. El gatito no se gira—. ¿Por qué no hablas? ¡Eh!

No hay respuesta. Aprieto el lazo de mi pecho, sujetando la llave de Cerradora que llevo bajo la camisa.

—Me preguntaba... —murmuro, sin esperar respuesta—. ¿Cualquiera puede ser una Cuña, incluso si no es un Cerrador...?

—¡Heeey! —llama alguien con voz despreocupada, y levanto la cabeza para ver quién es. Serizawa está subiendo la colina con las manos en los bolsillos—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Me observa mientras camina. No parece muy preocupado.



—Perdón —digo—. Estoy bien. Será mejor que nos demos prisa...

Empiezo a bajar la colina, pero él me adelanta subiendo. Me detengo y lo observo. Se planta en la cima, entrelaza las manos sobre la cabeza y se estira con un profundo suspiro.

—Vaya, estoy entumecido. Me pregunto si ya estamos a mitad de camino.

Saca un paquete de cigarrillos, se pone uno en la boca y lo enciende. Mira el pueblo, con la cara sudorosa, e inhala con evidente placer.

Renuncio a seguir con prisas y también me paro a contemplar el pueblo. Había olvidado que él estuvo conduciendo todo el tiempo mientras yo dormía. Estaba demasiado absorta para pararme a pensar. Sigo ansiosa por continuar, pero...

—Este viento es genial. Creo que aquí hace un poco más de fresco que en Tokio —dice Serizawa.

Los arrozales y campos verdes nos rodean. El viento dobla la hierba, llenando el aire con un sonido como de olas en la orilla. El sol del mediodía brilla intensamente sobre los tejados. Un camión avanza lentamente por el paisaje, como trazando una línea entre ambos lados. A lo lejos, distingo una fina línea azul en el horizonte. En algún lugar, canta un cuco.

—Nunca supe que este lugar fuera tan bonito —dice Serizawa, entrecerrando los ojos por la luz.

—¿De verdad? —respondo sin pensar, intentando entender qué es lo que él ve—. ¿Te parece bonito *esto*?

En mi mente, la imagen del papel del diario cubierto de cera negra se superpone a la escena frente a mí. Por eso sus palabras me sorprenden de verdad. ¿Bonito?

—¿Qué te pasa? —dice Serizawa, girándose hacia mí. Pero no tengo tiempo para explicarle.

—Lo siento —digo, comenzando a bajar la colina de nuevo—. Tenemos que darnos prisa —murmuro. Daijin me sigue en silencio. Oigo los pasos de Serizawa detrás de mí y me lo imagino alzando las manos con resignación.



—¡Eh, tú, gato! —le grita a Daijin—. Tu familia tiene serios problemas.

...*Te oigo, ¿sabes?*

Le lanzo una mirada fulminante y veo un relámpago en la distancia. Un momento después, el cielo retumba. Cuando levanto la vista, nubes negras cruzan el cielo como si algo siniestro las persiguiera.

* * *

“¿Qué estás buscando? ¿Es algo difícil de encontrar?”

Todas las canciones que Serizawa pone en su móvil son antiguas. No reconozco muchas, pero esta la he oído en algún sitio antes. Ajeno al silencio sombrío de sus pasajeros, tararea como siempre y de vez en cuando canta alguna frase.

“No lo encontraste en tu bolso, no lo encontraste en tu escritorio...”

—Está lloviendo —dice Tamaki de repente desde el asiento del copiloto.

—¿En serio? —responde Serizawa, por una vez con tono molesto. Miro hacia arriba. El cielo sobre el descapotable está completamente cubierto de nubes grises, y el asfalto se llena de puntos negros. Una gota grande me cae en la frente.

—Esto apesta... —dice, extrañamente melancólico.

—¿Qué? ¡Debes tener techo! ¿Por qué no lo cierras ya? —dice Tamaki.

—Ah... Cierto... Supongo que lo haré —dice Serizawa, pulsando un botón junto a la palanca de cambios. Un motor zumba detrás de mí. Miro hacia atrás. El maletero se abre y un techo plegado emerge lentamente. Lo observo fascinada mientras se transforma en dos secciones, y la parte inferior encaja perfectamente sobre mi cabeza.

—Guau... —digo como una niña pequeña. Los descapotables son increíbles. La parte superior se desliza hacia delante y cubre el asiento delantero. Pero entonces, con un golpe seco como si algo se hubiera atascado, el techo se detiene. El asiento trasero



donde estoy queda completamente cerrado, pero hay una abertura de unos treinta centímetros sobre el asiento delantero.

—¿Qué pasa? —pregunta Tamaki con sospecha, justo cuando el cielo se abre. La lluvia cae a cántaros sobre Serizawa y Tamaki. Su chaqueta y el jersey de Tamaki se oscurecen. Creo que oigo a Serizawa reír.

—Parece que no está arreglado del todo. Ja, ja.

—¡Eso no tiene gracia! —grita Tamaki—. ¿Qué vas a hacer con esto?

—¡Tranquila! ¡Hay una área de descanso justo delante! —dice, aún riendo mientras manipula el navegador.

“La próxima área de descanso está a cuarenta kilómetros. Llegará en aproximadamente treinta minutos”, dice la voz automatizada con un entusiasmo fuera de lugar.

—¡Eso no es justo delante! —grita Tamaki. Como si respondiera, un relámpago ilumina el cielo. La lluvia cae aún más fuerte.

Suspiro, desplomándome en el asiento trasero. Debería haber tomado el Shinkansen sola. Pero ya es tarde. No estamos tan lejos de nuestro destino.

“¿Quieres hacer un viaje a tus sueños, dentro de tus sueños?” canta una voz con confianza por los altavoces del coche, como una adivina prediciendo el futuro.

